

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES ' PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica.....\$ 0.75 trimestres adelantado.
En el extranjero..... 1.00
Número suelto..... 0.15
Números atrasados. „ 0.25

{ Año I. Núm. 16. }
{ San José, 45 de febrero de 1888. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

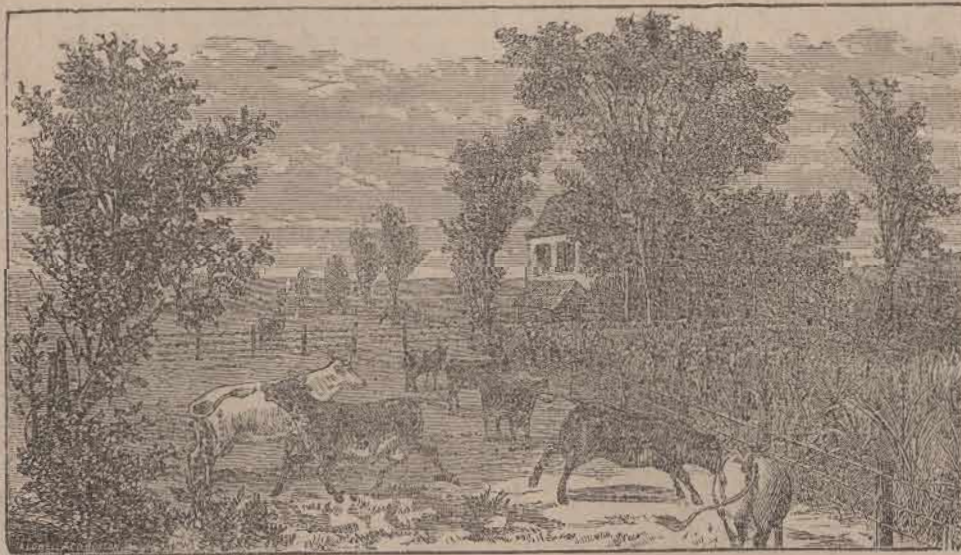
Calle de la Merced, n.º 3, Norte.

APARTADO NUMERO 98.

Sumario.—*Fórmula del barómetro*, por Carlos Franco Salazar.—*Don Braulio Carrillo*, por J. B. C.—*Al Tequendama*, por Jenaro Facio Lince.—*Mi vida*, por Amalia.—*Abrojo*, por Rubén Darío.—*El huérfanillo de Jerichó*, por Sirio.—*Costa Rica*, reproducción.—*El culto del abuelo*, por Juan de Dios Peza.—*La mujer*, por Cecilio Acosta.—*Mi criado Zoilo*, por Simplicio Cucufate.—*Crónica*, por Clo Clo.

Grabados.—*Casa de campo*.—Don Braulio Carrillo.

Anuncios.



CASA DE CAMPO EN LA SABANA.

PESO DE LA ATMOSFERA.

Lección 2ª

FÓRMULA DEL BARÓMETRO.

Vamos á estudiar la fórmula del barómetro y en la siguiente lección haremos una descripción detallada de todos estos instrumentos.

Nosotros sabemos ya que la presión atmosférica hace subir el mercurio en el tubo barométrico: esta presión varía necesariamente con la elevación del punto de estación y la altura de la columna de mercurio varía también. Cuando más nos elevemos más el peso del aire disminuye y más también baja el mercurio. Vamos, pues, á buscar esta relación.

Si en dos puntos de la superficie de la tierra bastante próximos, dos personas observan simultáneamente un termómetro y un barómetro, de esas observaciones se deduce la diferencia de nivel entre los dos puntos. Tal es el enunciado ó problema que nos proponemos resolver, hasta hallar una fórmula general que siempre nos dé la solución, cualquiera que sean los puntos observados.

La densidad de una masa de aire atmosférica es proporcional á la presión que sufre. En efecto: si representamos por d, d' las densidades, por v, v' los volúmenes, y por p, p' las presiones; se tiene en primer lugar que las densidades de los cuerpos son recíprocamente proporcionales á su volumen (principio físico conocido) ó sea

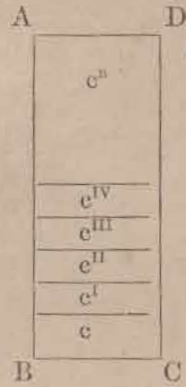
(1) $\frac{d}{d'} = \frac{v'}{v}$ pero en el aire los volúmenes están en razón inversa á las presiones, así:

(2) $\frac{V'}{V} = \frac{P}{P'}$ comparando la 1ª con la 2ª igualdad se tiene

(3ª) $\frac{d}{d'} = \frac{P}{P'}$

La densidad del aire en estado de equilibrio de la atmósfera decrece de abajo arriba en progresión geométrica, suponiéndose constante la temperatura y la naturaleza química del aire.

Sea ABCD una columna de aire desde el nivel del mar hasta los confines de la atmósfera, y si se divide en capas horizontales muy delgadas y de igual espesor $c, c^I, c^{II}, c^{III}, c^{IV}, \dots$ y si llamamos m al peso de toda la columna, n al peso de toda la columna menos la primer capa de aire c, p al peso de la misma columna menos las dos primeras capas c, c^I y así sucesivamente, se tendrán los pesos siguientes: $c=m-n, c^I=n-p, c^{II}=p-g, \dots$ y por ser los



pesos proporcionales á las densidades en igualdad de volumen

(4) $\frac{c}{c'} = \frac{m-n}{n-p}$ y por la 1ª

igualdad establecida tendremos

(5ª) $\frac{c}{c'} = \frac{n}{p}$ de donde

(6ª) $\frac{m-n}{n-p} = \frac{n}{p}$

trasfó mando esta igualdad tendremos:

$\frac{m-n+n}{n-p+p} = \frac{n}{p}$ ó sea

(7ª) $\frac{m}{m} = \frac{n}{p}$ es decir, que los pesos m, n, p

forman una progresión geométrica decreciente y por consiguiente, también las densidades $c, c^I, c^{II}, c^{III}, \dots$ que les son proporcionales.

Decreciendo, pues, la densidad de la atmósfera en progresión geométrica, y no pudiendo ésta llegar jamás á cero, se tendría que la altura de la atmósfera es indefinida. Con todo se cree que en límites se halla en un punto tal, que su fuerza expansiva se equilibra con la fuerza de gravedad.

De lo visto se deduce, que para elevaciones diversas que crecen en progresión aritmética, los pesos de la atmósfera decrecen en progresión geométrica.

Sabemos que la altura del mercurio en el barómetro se equilibra con la presión de la atmósfera, luego también la altura barométrica decrece en progresión geométrica suponiendo la densidad del mercurio la misma para todas las alturas, nosotros hemos admitido una temperatura y una fuerza de pesantez constantes, esto no es exacto, pero luego haremos las modificaciones del caso.

Designemos por H, h, h^I, h^{II}, \dots las alturas barométricas, y por $m, m^I, m^{II}, m^{III}, \dots$ los metros ó partes de metros que miden las elevaciones de las capas atmosféricas, tendremos las dos progresiones siguientes:

$\div 0, m, m^I, m^{II}, m^{III}, \dots$
 $\div H: h: h^I: h^{II}: h^{III}, \dots$

Existe entre estas progresiones una relación análoga á la que liga á los números con sus logaritmos. Recordemos que los logaritmos son los exponentes de una serie aritmética á los cuales se eleva la base. Los logaritmos siguen una progresión aritmética cuyo primer término es cero, en tanto que las potencias forman una progresión por cociente cuyo primer término es la unidad.

Trasformemos la segunda progresión para hacer la analogía más completa en creciente así:

$\div \frac{1}{H}: \frac{1}{h}: \frac{1}{h^I}: \frac{1}{h^{II}}: \frac{1}{h^{III}}, \dots$

Para que el primer término sea la unidad,

multipliquemos toda la progresión por H y tendremos:

$$\therefore 1: \frac{H}{h} : \frac{H}{h^2} : \frac{H}{h^3} : \frac{H}{h^4} : \dots$$

Luego podemos decir que

$$m = \log \frac{H}{h} = \log H - \log h$$

$$m^1 = \log \frac{H}{h^1} = \log H - \log h^1$$

$$m^2 = \log \frac{H}{h^2} = \log H - \log h^2$$

De donde, para tener la diferencia de nivel entre dos puntos

c_n y c^1 se tiene

$$c^n - c^1 = m_n - m^1 = \log H - \log H - \log h^n + \log h^1 = \log h^1 - \log h^n$$

Nosotros no sabemos á que sistema de logaritmos pertenece éste, pero para pasar de un sistema á otro, basta multiplicar por una cantidad constante los logaritmos del primer sistema para obtener los del segundo; pues conociendo un sistema de logaritmos, se puede calcular otro cuya base sea B , multiplicando los logaritmos del primero por el número constante $\frac{1}{\log B}$ que toma el nombre de modulo.

Busquemos la constante por la cual sea necesario multiplicar los logaritmos de las tablas, para poderlos introducir en la fórmula.

Llamemos C esa constante, H y h las columnas de mercurio en las estaciones inferior y superior y x la diferencia de nivel, así $x = c (\log H - \log h)$. Aplicando esta fórmula á un caso particular obtendremos la incógnita C . Se ha reconocido que cuando el termómetro señala 0° , el barómetro marca $0,76$, bajo la latitud de 50° y el aire perfectamente seco, el mercurio es 10467 veces más denso que el aire. Supongamos que el espesor de las capas atmosféricas sea 10467 centímetros y que el barómetro esté situado en la parte superior en la cual indica $0,76$; supongamos en seguida que se baja á la superficie inferior de la misma capa de aire, la diferencia de nivel para esas dos estaciones vecinas ó x será $0,76 \times 10467$; la columna barométrica se habrá alargado de $0,0001$, y he aquí como el aumento de peso es igual para el aire y el mercurio, es decir: que $P_n = V_n \times D_n$ y $P_m = V_m \times D_m$ y como $P_n = P_m$ designando a y m los índices correspondientes del aire y del mercurio.

De esto resulta que $V_n \times D_n = V_m \times D_m$; pero la densidad del mercurio es 10467 veces más que la del aire; luego $D_m = 10467 D_n$ de donde $V_n \times D_n = 10467 D_n \times V_m$ ó $V_n = 10467 V_m$.

Las bases de las columnas de aire y de mercurio son iguales; luego sus volúmenes son proporcionales á sus alturas. De donde

$H_n = 10467 H_m$ y puest. que

$$H_n = 0,76, \quad H_m = \frac{0,76}{10467} = 0,00001$$

En la estación superior el barómetro marca $0,76$ y en la inferior $0,76001$. La fórmula dá $0,76 \times 10467 = c (\log 0,76001 - \log 0,76)$ de donde

$$C = \frac{0,76 \times 10467}{\log 0,76001 - \log 0,76}$$

Haciendo el cálculo se halla

$$C = 18312$$

El coeficiente 18312 ha sido hallado en la hipótesis de una atmósfera perfectamente pura y seca. Si el aire viene saturado de humedad, su densidad relativa á la misma fuerza elástica sería más débil y la densidad del mercurio llevado á la de este aire húmedo sería > 10467 . En esta hipótesis de saturación á 0° de temperatura, el valor del coeficiente sería de 18360 en lugar de 18312, tomando entonces el valor medio 18336 se tendrá la humedad media.

Este 18336 fué también hallado por Ramond como resultado medio de un gran número de operaciones directas efectuadas sobre puntos cuyas diferencias de nivel habían sido calculadas por observaciones geodésicas.

Teníamos la fórmula

$$X = C (\log H - \log h) \text{ ella se convierte en } X = 18336 (\log H - \log h)$$

En la siguiente lección trataremos ya de todos las demás correcciones que necesita, para llegar á una fórmula más exacta y general.

(Continuará).

CARLOS FRANCO SALAZAR.

DON BRAULIO GARRILLO.

—:0:—

El señor Licenciado don Braulio Carrillo vió la primera luz en Cartago, en el año de 1800; hizo sus estudios en León de Nicaragua, y después de viajar por Honduras, Salvador y Guatemala, regresó á su patria en el año de 1830.

Principió su carrera pública sirviendo la Fiscalía de la Corte Suprema de Justicia, de donde ascendió por elección popular á la Presidencia del mismo tribunal.

En 1834 fué electo Diputado al Congreso Federal centro-americano, reunido entonces en Sonsonate. Habiéndose trasladado esta corporación á la ciudad de San Salvador, que se había declarado distrito federal, en la lucha empeñada allí entre el Gobierno Nacional y el de aquel Estado, que terminó con la renovación de todos los Poderes del mismo, Carrillo levantó la voz defendiendo siempre la soberanía de los Estados.

Cuando en 1835 regresó á su patria, fué electo Jefe Supremo por el tiempo que correspondía al señor don José Rafael de Gallegos, quien había renunciado en marzo del mismo año, y tomó posesión del mando el 5 de mayo siguiente.

Carrillo expidió, entre otras disposiciones, el decreto de 20 de agosto que disminuye el número de días festivos, y dispuso la traslación de las autoridades supremas al "Murciélagos," barrio de San Juan, inmediato á San José, debiendo, mientras se levantaban los edificios necesarios, residir la Asamblea y Consejo en la ciudad de Heredia, y el Ejecutivo y la Corte Suprema de Justicia en San José.

Con este motivo y fundándose también en el decreto de 31 de marzo que declaraba abolida la contribución del diezmo y establecía un impuesto sobre los terrenos poseídos, el 26 de setiembre del mismo año de 1835 el pueblo de Cartago con su Municipalidad, Clero, vecinos principales y barrios, en número de más de mil hombres reunidos á las diez de la noche, desconoció los Poderes constituídos del Estado y propuso á los pueblos el restablecimiento del orden por medio de elecciones para un Congreso Constituyente,—"bajo un pie absoluto de igualdad, es decir, tres Diputados por San José, tres por Cartago, tres por Alajuela y tres por Heredia; siguiendo los demás partidos como se hallaban, y debiendo constituirse sobre las bases de hacer residir el Gobierno periódicamente en las cuatro ciudades principales, etc.

El acta de Cartago fué secundada por las ciudades de Heredia y Alajuela y pueblos de Esparza, Mineral del Aguacate, Barba, Curridabat, Unión (Tres Ríos), Tobosi, Quircot, Cot, Paraíso, Orosi, Tucurrique y Valle de Turrialba; quedaron fieles al Gobierno San José, Escasú y Pacaca, aunque un tanto recelosas estas poblaciones por los pretextos religiosos que se alegaban contra el Gobierno.

Las comunicaciones con el Guanacaste fueron interceptadas por los revolucionarios, y no hubo en aquella provincia ninguna novedad.

El Gobierno quiso apurar los recursos de la prudencia, é invitó á las ciudades de Cartago, Heredia y Alajuela á que enviasen comisionados para oír sus demandas y deseos, y al efecto se reunieron el 5 de abril en las márgenes del río Elvirilla; pero no habiendo sido admitidas las capitulaciones propuestas, Carrillo apoyado por los josefinos, uniformados en los mismos sentimientos, emprendió la campaña contra los rebeldes que en número como de 4,000 se presentaron á las puertas de San José el 9 de octubre.

El 14 se abrió la campaña contra las fuerzas de Cartago, que habían llegado hasta la finca de don Santiago Millet, á orillas de la misma ciudad de San José, por la calle de "Cuesta de Moras." La primera acción principió á las diez de la mañana y terminó el triunfo de las fuerzas del Gobierno, que ocuparon la plaza de Cartago á las once de la noche.

Después de este triunfo se hicieron nuevos esfuerzos para evitar la continuación de la campaña; pero no habiendo querido someterse Heredia y Alajuela cuyos ejércitos se encontraban parapetados en la margen occidental del Elvirilla con siete piezas de artillería y cerca de 3,000 hombres, entre infantes y dragones, fueron atacados á las ocho y media de la mañana por las fuerzas del Gobierno en número de 1,000 hombres, por tres puntos diferentes; después de dos horas de fuego fueron desalojados y perseguidos hasta Heredia. Tomada aquella plaza á las dos de la tarde, una parte de las tropas continuó la marcha sobre Alajuela, donde se empeñó el ataque á las cinco de la tarde, y concluyó con la victoria del Gobierno á las ocho de la noche, quedando así destruida la formidable insurrección llamada de "La Liga."

Terminada la guerra, el Presidente Carrillo presentó el 2 de marzo de 1836 su renuncia del puesto que ocupaba; pero la Asamblea no tuvo á bien admitirla.

Los decretos suprimiendo los diezmos y algunos días festivos fueron revocados en el mismo mes de marzo; se dictaron algunas disposiciones haciendo menos duras las penas impuestas á los encausados por la conspiración pasada, y se procuraba alejar los motivos de disgusto contra el Gobierno, cuando en junio del mismo año de 1836, don Manuel Quijano que había sido expulsado del país como revolucionario y se había dirigido á Nicaragua, invadió por aquella parte el territorio de Guanacaste con otros emigrados y algunos nicaragüenses; pero fué rechazado y, no habiendo encontrado ningún apoyo, al aproximarse las tropas del Gobierno, se retiró precipitadamente á Nicaragua.

La Asamblea del Estado en acto de reconocimiento á la lealtad de los vecinos de Guanacaste, concedió el título de ciudad á la población del mismo nombre, hoy ciudad de Liberia, y declaró exceptuados del pago de la contribución de caminos á todos los habitantes de aquella provincia por el término de un año.

Terminado el período que correspondía á don Braulio Carrillo, la Asamblea declaró Jefe Provisorio á don Joaquín Mora, y habiéndose procedido á elecciones, éstas recayeron en los señores Licenciado don Manuel Aguilar para Jefe Supremo y en don Juan Mora para Vice-Jefe.

Terminó el gobierno del señor Aguilar, por la proclamación de Carrillo, quien tomó nuevamente el mando el 27 de mayo de 1838.

Convocados los pueblos á elegir Diputados para una Asamblea Constituyente, ese alto cuerpo se instaló en San José el 19 de noviembre, y el 14 declaró que el Estado de Costa Rica asumía la plenitud de su soberanía y se constituía en cuerpo político independiente; pero declarando también que contribuiría inmediatamente que se tratara de la celebración de nuevos pactos para la reconstrucción de la República de Centro América, de la que ya se habían segregado los Estados de Nicaragua y Honduras.

Tanto en el primer período como en el segundo, que terminó en abril de 1842 con la invasión del General don Francisco Morazán, Carrillo promovió la organización del país en todos los ramos de la administración pública, canceló la parte que le correspondía á Costa Rica en la deuda extranjera, contraída por el Gobierno General en 1826; decretó los códigos penal, civil y de procedimientos; organizó los tribunales y juzgados; reglamentó la Policía interior y la Hacienda Pública; y dió acertadas disposiciones impulsando la agricultura, mejorando las vías de comunicación y la planta de las poblaciones.

En ningún tiempo como en el de su gobierno se ha perseguido al vicio y á los criminales con un celo mayor; así como tampoco se han cuidado con tanto esmero de hacer á los empleados llenar cumplidamente sus deberes, como él lo hacía dando ejemplo con su laboriosidad infatigable.

Se da grandísima importancia á la influencia de su gobierno en los destinos del país, y se hacen elogios de sus grandes méritos, sin embargo de su proclamación del 27 de mayo; de los actos violentos de su gobierno para reprimir las insurrecciones que contra él se preparaban; de su decreto de 8 de marzo de 1841, en que se declaraba Jefe inamovible, con desconocimiento de los derechos políticos de sus gobernados; y de su genial severidad en el juzgamiento de los reos políticos y comunes.

A la entrada del General Morazán, Carrillo salió del país adonde no podía regresar en el término de dos años, y después de viajar por las repúblicas del Sur, fijó su domicilio en el Estado centroamericano del Salvador. Vivía en San Miguel consagrado al ejercicio de su profesión y á algunos trabajos de minas, cuando en 1845, un enemigo personal, valido de la revolución en que se encontraba el país, se procuró compañeros y persiguió al señor Carrillo, y habiéndole encontrado en un bosque solitario donde se había refugiado, consumió cruelmente con el sacrificio de su vida, sus deseos de venganza y acaso los de otros enemigos.

(De la obra sobre Costa Rica, por Joaquín Bernardo Calvo.)

AL TEQUENDAMA.

—Silva—

(INÉDITA)

A mi noble amigo el distinguido hijo de Cartagena señor don Antonio de Jarama G.

—O—

Ya estoy, por fin, ante esta maravilla,
Ante este negro foco de fragores
Que arrebatá, que asusta, que enloquece,
Que en lo absurdo se mece
Como desesperante pesadilla!
¡Oh misterioso Funza, adusto anciano
De blonda barba y de cabello cano,

Si ayer te ví bajar desde la cima
De las ondinas sierras,
Con sosegado, con tranquilo paso
Como el Sol á su ocaso,
¡Porqué, de pronto, díme,
Manchas tus canas con la idea fúnebre
De este tan fiero aterrador suicidio?
Tú que después de que tan grande fuiste
Tumba digna de ti buscar supiste?
O serás el amante despechado
De la robada en flor, núbil América,
Y fiel enamorado
Sin esperanza ya, vienes celoso
A dejar en este antro pavoroso
Todo lo que de vida en tí alentaba
Y de inocencia América guardaba?

.....
Negra orla de abismos ciñe el seno
De tu ataud gigante,
Y tú mides el hocco precipicio,
Y te avanzas sereno,
Sabiendo que, hasta el hondo hambriento quicio,
Desde la cima, el salto es aterrante!
Pero quien puso en el morir empeño,
Siempre el fiero morir vió con desdén!.....
Pisas la frente altiva del peñasco,
Y, resuelto á la muerte,
Cantas el himno fúnebre, de suerte,
Que, quien oyó el adiós de tu partida,
Tan hondo adiós no olvidará en su vida!

.....
Por fin te lanzas, ronco el estampido
De tu mole al caer, repite el eco;
Rasgán tu cabellera desgredada
Ennegrecidas sirtes y feroces
Que con sus filos cual millares de hocos
La dan al viento ya despedazada,
Y, en albos grumos de vapor hirviente
Sube despacio á amortajar tu frente!
Tu vestidura en hilos se destroza,
Y en girones que el viento arremolina,
Corona y cetro vuelan en pedazos,
Y, el áureo manto de sutil neblina
Queda solo cubriendo
Un rey, en celos y en furor muriendo!

.....
Entonces es que, aquí, del temerario
Suicida misterioso,
El lecho engalanado es horroroso!
Entonces es magnífico el sudario
Que alumbra el Sol entre tupidas gasas
Como blandón inmenso, funerario;
Entonces, Tequendama, eres hermoso!
Y yo, arrastrado entonces,
Quisiera trasfundirme en tus espumas,
Seguir la eternidad de tus fueros
Vestirme con los iris de tus brumas,
Ser audaz como tú y aterrador;
Predominar las selvas al rugido
De tu pulmón de rocas,
Y, con tu ceño agreste y desdeñoso
Ser terrible y temido siendo hermoso!.....

.....
Cuadro no ví cual tu sublime cuadro;

Música igual á tu solemne música,
No hay, no, pincel, ni voz, ni osado metro;
Perdona, si atrevido,
En tu santuario horrisono penetro,
Y dá mis homenajes al olvido!

.....
Déjame, pues, porque la voz me falta,
Que estremecido y mudo te contemple,
Y que deje escapar en mi zozobra,
El grito que, de horror aquí me asalta,
Grito salvaje que á tu grito sobra!

JENARO FACIO LINCE.

MI VIDA.

(Dedicado á mis compañeras del Colegio de Sión.)

I.

¶engo ya veinte años.—Ni una sola de mis con-discípulas he olvidado. ¡Fué tan íntima nuestra vida, hubo tan continuado contacto, tanta intensidad de afectos en el tiempo en que estuvimos emparedadas en el Colegio y como en un mundo diferente del en que hoy vivo, que unido al recuerdo de mis placeres y amarguras va el recuerdo agradable de mis compañeras de encierro!

No he de pintar mi vida de colegiala. Que de sepultada entre la bruma que envuelve mi niñez la memoria de esos días que me parecían tan odiosos y que hoy refrescan mi corazón con su recuerdo. No volveré mi vista atrás para desenterrar todos los chistes, las picardías, las horas de angustia, los ensueños, el anhelo que oprime el corazón al pensar en un mundo que aun no se conoce, todo ese tegido, en fin, de esperanzas sonrosadas, de presentimientos vagos, de inocentes juegos que forman la primera etapa de la vida de la mujer: su niñez; su existencia semi-monjil.

Me propongo hacer un estudio de mi vida de sociedad, recordar lo que he visto y he sentido en los cuatro años que llevo de *señorita*, lo que me ha hecho temblar, lo que me hizo reír, lo que arrancó una lágrima á mi pupila, lo que hizo florecer una esperanza. Dédalo confuso en que se pierde la mirada del hombre, gacetario inmenso que sólo nosotras entendemos. El alma de la mujer no puede ser explicada sino por la mujer misma.

Congeturo que todas mis compañeras tendrán una historia más ó menos igual á la mía, con variaciones de detalle solamente. Pero no importa: yo he de ser franca y he de levantar una punta del velo que envuelve nuestra alma, y menos reservada que ellas diré lo que soy y lo que siento, aunque al describir mi individualidad mi pluma dibuje á la especie,

II.

—¡Y cómo ha crecido U!

—Si señor, mucho.

—No vuelve más al Colegio?

—No, señor.

—A la par que se ha desarrollado su cuerpo ha crecido su belleza. Está U. admirable, encantadora!

Una ola de sangre sentí que inundaba mis mejillas y retorciéndome los dedos con nerviosidad y baja la cabeza, no acerté á contestar una palabra. Aquel *perico* á boca de jarro me hizo perder el equilibrio. Afortunadamente un joven llamó en ese momento á mi interlocutor, y éste se retiró dejándome toda confusa y cortada.

¿Qué fué aquello? ¿Dónde fué á parar toda la *sans façon* con que á solas dialogaba yo con los jóvenes? ¿Por que la primera flor que un hombre arrojaba á mis pies me causaba tan gran turbación!

¡Ay, Dios mío! qué ridícula debí parecer al elegante joven! Con mi airecito de aldeana tímida, estuve soberanamente *cursi*. Me sentí con un tufo á colegiala, insoportable. Mi rubor me pareció extemporáneo: fué mi primer disgusto.

Tres días no más hacía que había dejado el Colegio. Por primera vez iba con mi mamá al Parque ya en tono de señorita. Desde las tres y media de la tarde concluí mi tocado, pensando con verdadera ilusión en ese paseo.

A las cinco mi calmosa mamá se decidió á salir. Por vigésima vez apreté contra la sien los rizos de mi pava, pasé la mota por mis mejillas, que sentí bastante irritadas, y componiendo mi sombrero de ala caída, forrado en corinto y adornado con una pluma del mismo color, interrogué al espejo, y éste con graciosa sonrisa me contestó: *Oh! pas mal!*

¡Y tanta ilusión que tuve, tanto desecho del tal paseo, para qué? para cortarme como una chiquilla á la primer galantería que se me dirigía?

Oh! las colegialas! Y cómo se necesita del roce social! ¡cuánto cuesta desprenderse del aire monjil y ser señorita elegante!

“No importa; yo remendaré esto. Yo haré ver á ese joven que no soy una tonta. Buscaré la oportunidad de hablarle, de decir muchas cosas, de sonreír con picardía; me mostraré despreocupada, algo maligna. La juventud no gusta hoy mucho de las Gracielas: quiere mejor los tipos menos quebradizos, menos románticos.” Así me decía yo al entrar á casa.

¡Oh *tempora, oh mores!* Hace cincuenta años mi rubor hubiera parecido angelical. El primer beso de la brisa en la flor que empieza á abrir su corola hace estremecer la flor. La blanca palomita que tiende su vuelo por la vez primera tiembla: la púdica virgen de otros tiempos adquiría un título al cariño de todos, cuando al sentir sobre su rostro el tibio aliento

del mundo la ola encarnada del rubor acusaba la pristina blancura del alma. Hoy ¡todo cambia! tanto! eso es! de mal gusto. La juventud dorada de estos tiempos, esa que pierde la fe en todo, que se abreva en las corruptoras aguas que nos envía Francia en su literatura, en sus cuadros, en su música; que hace alarde de descreimiento, hasta de corrupción, esa juventud no gusta de la inocencia pastoril; se siente fatigada al lado de la mujer cándida; y en su estragado gusto no quiere sino lo incisivo, lo picante; la despreocupación en grado sublime.

Oh! Lo puedo decir por experiencia propia. La sociedad de hoy tiene gustos un poco extraviados. Perdidos entre la bruma del pasado y como leyenda patriarcal quedan esas historias de amores inocentes, amores vírgenes. Ella virtuosa y buena temblaba como la hoja del árbol, sentía saltar su corazón con la proximidad de su amado. El, circunspecto y rendido, apenas si acertaba á modular un ¡cuánto la amo! que brotaba del corazón traducido en temblorosa frase.

Hoy ¡Jesús! y qué diferente se bate el cobre. Ella mira con placer el momento de acercarse al novio, de tutearle, de decirle "te adoro" á pleno pulmón; él descubre los repliegues malignos del porvenir con frases picarescas.

Antes en los ensueños de los que se iban á desposar se dibujaba la iglesia sumida en encantadora penumbra; los acordes de la música inundando el templo con la dulce armonía de sus notas temblorosas y graves; el sacerdote, reflejando en su frente una aureola de luz, atando el santo nudo que Dios bendecía desde la altura.

Hoy, perdida la fe, no del todo en las mujeres, casi absolutamente en los jóvenes, la ceremonia religiosa nos parece molesta y casi con más gusto miráramos á Camilo ó á qué se yo cual autoridad echándonos al cuello, con su zurda bendición, el quebradizo lazo civil. No se diga que hay exageración en mi juicio acerca del carácter social de hoy. No hablo en absoluto. Sé que hay de todo en nuestra sociedad, y ocasión tendré de demostrarlo, al pintar tipos de jóvenes y señoritas que han tenido alguna parte en episodios de mi agitada existencia.

Pero esto va largo. Dejo para otro día continuar la historia de mi vida y envío cariñoso beso á mis inolvidables compañeras de Colegio.

AMALLA.

ABROJO.

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
Y oyó que le dijeron:—Es tu amada,
Lanzó una carcajada;
Pidió una copa y se bajo el ambozo.
—¡Que improvise el poeta! Y habló luego

Del amor, del placer, de su destino.....
Y al aplaudirle la embriagada tropa
Se le rodó una lágrima de fuego
Que fué á caer al vaso cristalino.
Después, tomó su copa
Y se bebió la lágrima y el vino.

RUBÉN DARÍO.

El huerfanillo de Jerichó.

¡Noche tenebrosa encubría la mortal escena! Allá en la colina de Irazú retumbaba el trueno repetido por el eco de la montaña, y el rayo destruía los centenarios robles que el tiempo había respetado.

Huracán terrible doblegaba las altas Palmeras y rompía su férreos tallos. La choza temblaba desde los cimientos, y los rugidos de las fieras llenaban de pavor todo mi ser!!

Mis ojos no podían apartarse del cadáver de mi madre adorada. A la luz de una triste vela, mi afligido padre contemplaba los restos de la que fué su compañera en la vida y que pronto debía serlo también en la muerte.

Cuando llegamos á esa finca llenos de esperanza y de vida, nunca pudimos suponer que un sepulcro se escondiera bajo tan risueña morada.

Al siguiente día abrimos cerca de nuestra habitación y entre dos calles de plátanos, la humilde fosa donde depositamos el cuerpo de la mártir del trabajo.

Dos días después la fiebre palúdica me dejaba enteramente huérfano y solo en el mundo, pues, mi padre sucumbió, víctima de la aflicción y de los miasmas. Ofrecí á unos negros jamaíqueños el cuchillo y una chaqueta de mi padre, para que me ayudaran á darle sepultura, inmediata á la que contenía los restos de mi pobre madre.

Yo tenía entonces diez años de edad, un cuerpo pequeño y raquítico, debilitado por la fiebre intermitente; mal vestido y sin un centavo en el bolsillo, salí de aquel lugar donde había pasado tres meses ayudando á los que me dieron el ser, en las faenas domésticas.

Rocién hechos los desmontes para plantar los bananos que tanto beneficio habían de producir á dos ó tres personas y tanta pérdida de dinero, de salud y de vida para los costarricenses, la fiebre se apoderaba del pobre trabajador desde los primeros días. Hoy ha mejorado mucho aquella zona, y se puede asegurar que de Carrillo á Jiménez el clima es tan sano como el de Esparta, Surubres y demás puntos del Pacífico. Aun vemos llegar del Atlántico pobres peones amarillos y sufriendo del hígado; pero estos vienen de la parte Oriental; esto es, de Jiménez á Limón.

En Jerichó, hacienda del valiente empresario y distinguido médico don Pánfilo Valver-

de, que fué donde la suerte labró prematura tumba á mis queridos padres, y que está situada á ocho millas de Carrillo, hoy se disfruta de un temperamento agradable, puesto que á su alrededor hay desmontadas, y aun cultivadas de bananos más de dos mil manzanas de terreno.

Frente á Jerichó se extiende la Pepilla, grande finca también de bananos y potreros, perteneciente á Mr. Keith. Ambas propiedades forman casi un pueblo de negros, blancos y amarillos (los chinos).

Esta última tiene además una hermosa casa de dos pisos, donde habita el administrador.

Allí fué mi primera salida, después que ya fuí solo y dueño de mis acciones.

En mala hora me condujo mi cuitado sino á aquel lugar, al parecer, morada de la tranquilidad y del trabajo.

La hambre me punzaba el estómago porque no había comido los dos últimos días. Entré á la casa y me dirigí á la cocina. Los negros devoraban grandes platos de bacalao, y yo los miraba con envidia. Uno de ellos, Francis Phelps, apartó una porción de la suya y me la dió con una galleta de harina dura.

Jamás rey alguno ha comido manjar más exquisito que lo que me pareció el regalo del negro Phelps. Cuando acabé mi corta colación, éste me llamó, preguntándome si quería pasear en el bananal. Yo lo seguí agradecido. Él me daba la mano. Anduvimos media milla. De repente me condujo á una especie de cueva ó gruta medio oscura. Una vez adentro me dijo: "Mira". Yo miré primero el rostro del negro ¡¡Dios mío, que transformación!! No era el mismo; sus ojos despedían fuego.—Las ventanas de la nariz aventadas, las movía á guisa de fuelle y su boca temblaba. Luego bajé la vista al lugar que me indicó con su brazo, y me quedé atónito de terror. El suelo de la gruta estaba empapado en sangre, y algunos huesos descarnados, tirados aquí y allí, denotaban un asesinato reciente. De un manto sacó dos calaveras que me mostró á medias.

—Observa, me dijo Phelps, estos charcos de sangre; aquí vengo á matar á las personas que no hacen lo que yo les mando. Esos huesos y calaveras son de dos muchachos que me desobedecieron. Yo soy muy bueno y cuido mucho los chiquitos; pero si esos niños hablan ó dicen lo que me ven hacer, los mato sin misericordia". Mis dientes chocaban uno con otro; mis piernas se doblegaban de miedo. Quise gritar, pero un apretón del negro me dejó inmóvil. Lloraba silenciosamente porque ya me creía asesinado por aquel maldito negro.

Desde ese momento mi vida fué una continua zozobra. Phelps me daba de comer, me vestía, y acostaba siempre al mismo tiempo que él. Yo no atinaba lo que todo esto significaba. Pronto acabé de sorprenderme con la conducta de mi forzado tutor.

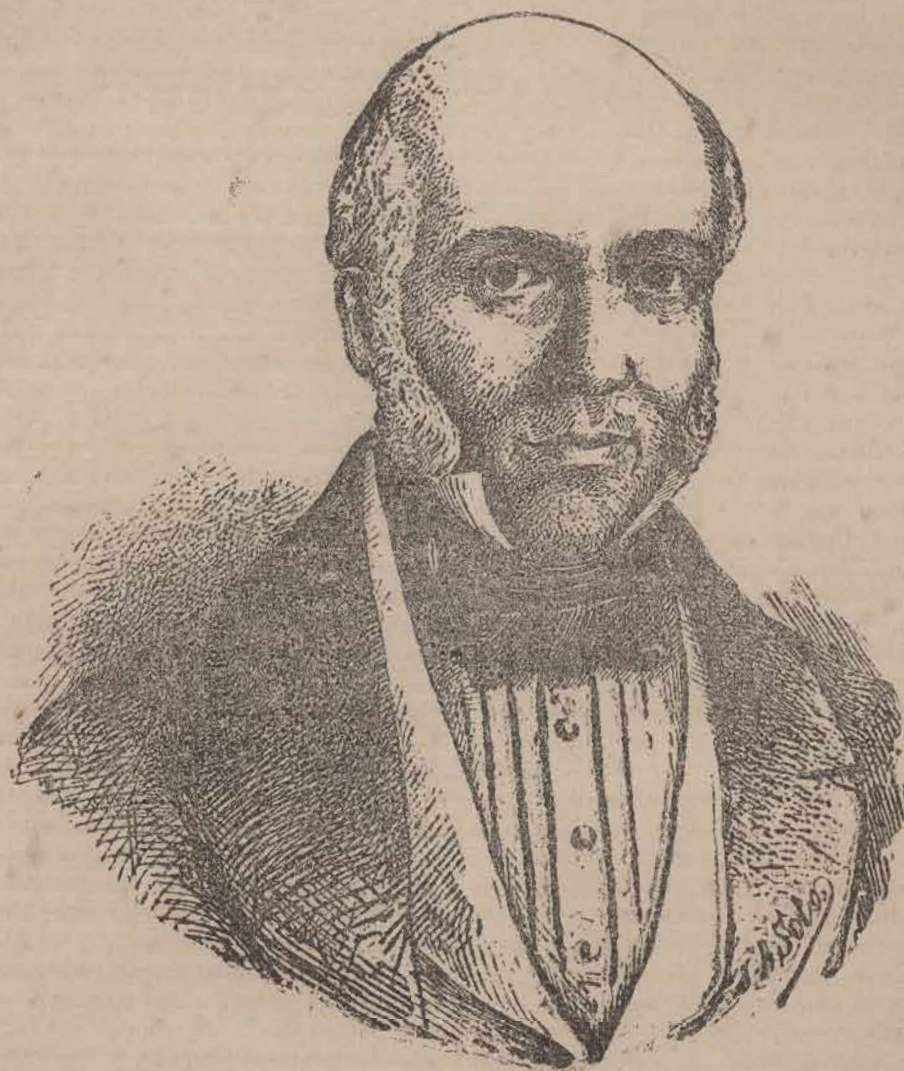
El negro quería que yo aprendiera un ejercicio muy difícil y en el cual me estuvo ensa-

yando, y era sacar de la bolsa de un hombre dormido ó berracho, los objetos que contenía. Para esto, Phelps hacía que dormía y me hacía sacar una moneda de diez centavos de uno de sus bolsillos. Si te sienta, decía, si percibo tu mano, te doy un chilillazo. ¡Con qué cuidado pasaba horas enteras ejercitándome! Las primeras veces me castigó con dureza mi tutor; pero al fin logré lo que él deseaba.

Todos los días debía hacer alguna de esas operaciones, para lo cual se me indicaba la persona y el lugar. El primero que despojé fué un maquinista, corredor de trenes, á quien el cansancio hizo dormirse en una banca del corredor. En tono de juguete registré al americano y me asusté mucho cuando le desaté el reloj de plata que el pobre tenía en su chaleco. El negro me regaló ese día con una hermosa piña que él mismo descascaró y salpicó con azúcar. Así pasé casi un año, robando por cuenta de Phelps á cuantos éste me indicaba. Yo conocía que obraba mal, pues mi madre, siempre me hacía rezar al acostarme, y nunca dejaba de llamarme la atención sobre el *séptimo, no hurtar*. Pero el recuerdo de la sangre y las calaveras, coartaban toda discusión conmigo mismo. La huida la había proyectado varias veces, mas el negro me vigilaba de cerca.

Por fin, un día entró Phelps azorado y carriacontecido; me llevó á un lugar solo, y me dijo: "Pedrito, hoy te encargo del más importante asunto que habrás manejado conmigo. Sigue á una señora que viene en el tren, y si tomas el alfiler que ella trae en el pecho, te doy libertad absoluta y una buena suma de dinero. Recuerda que si dices á alguna persona lo que tu haces ó yo te encargo, temataré, y me dió un sol, y por primera vez un beso en la cabeza. Esperé el tren, y tomé asiento en primera clase. En efecto venía una señora que tenía un brillante atando los dos extremos de una pañoleta. Me coloqué tras de ella y decidí salir con un acto de valor de aquella esclavitud. Determiné confiarle á aquella que me parecía una grande dama; pero me faltó el valor.

Llegamos á Carrillo, y en vez de seguirla, tomé resueltamente el camino para San José, seguro de que mi negro había quedado en la Pepilla. Anduve; corría á veces, y cuando veía venir alguno detrás, me metía en los zarzales y zanjas del camino. En un riachuelo, me resolví á comer algo de lo que compré en Carrillo.—Saqué un pedazo de salchichón y pan, y á la orilla del río, almorcé ó comí, pues era ya medio día. De donde yo estaba, podía ver el puente sin ser visto. Cuando iba á tomar un sorbo de agua en una hoja encarrujada, ví ¡¡á quien, Dios mío!! á Phelps examinando cuidadosamente el camino y puente. Entonces recordé las historias que cuentan de los indios que siguen por la pista á los viajeros. Y en realidad, eso hacía el negro. Pronto abandonó el camino y se vino hácia mí, poco á poco y siguiendo la pista de mis pies que eran pequeños y desnudos.



DON BRAULIO CARRILLO, 4º PRESIDENTE DEL ESTADO DE COSTA RICA.

Dibujo y grabado de José A. Soto.

Mas, como él no me veía aún, el miedo me dió alas y seguí andando río abajo, pensando que en el agua se perderían las señales de mis pies. Phelps llegó hasta donde yo había almorzado y allí permaneció un rato indeciso y pensativo; mientras tanto, yo lo observaba detrás de una piedra en lo opuesta margen del río. Mi cuerpo entero entre la agua, con sólo la cabeza afuera, no pudo divisarme. Pero comenzó á andar en la orilla izquierda, observando todas las salidas y tirando pedradas por diferentes direcciones. Aquellos instantes fueron años para mí. Con ansia inmensa buscaba mi vista en los alrededores algún salvador providencial. Dirigí mis ojos al cielo y con todo mi corazón pedí á Dios que me librara de aquel gran peligro.— Rezé todas las oraciones que mi madre me enseñó y esperé resignado. Al momento de comenzar la segunda Ave-María, los ojos centellantes del negro se encontraron con los míos. La atracción del Boa con los pajaritos es nada, en comparación con la que el terrible Phelps ejercía sobre mí. Mis manos soltaron la piedra y preferí ser arrebatado por la corriente que caer en manos de mi verdugo.

¿Qué sucedió después? No lo sé. Siete días pasé (me contaron más tarde) delirando con fiebre nerviosa.

Cuando volví á sertirme vivo, me encontré bien arropado en una cama de tablas. Varios peones jugaban á la malilla en una mesa en medio de la pieza. Uno de los jugadores era Phelps. Cerré mis ojos, como para huir de aquella situación y dormí hasta el día siguiente.

El balido de las vacas y berrido de los terneros me recordaron, y por una puerta abierta miré el cielo azul. Al pie de la casa por todos lados, grandes y verdes potreros sombreados por grandes árboles de hule.

Aquello no era la Pepilla ni Jerichó. Estaba en la hacienda llamada Nueva Corinto. Yo ocupaba una cama del piso bajo de la habitación, que es una preciosa casita de dos pisos, construida en Nueva York y armada aquí.— Una cocinera joven y bondadosa me cuidaba.— ¡¡Qué feliz habria sido si el negro no estuviera allí! Supongo que Juana, la cocinera dicha, sospechaba algo de lo que me pasaba, porque una noche que estábamos solos me dió un fuerte abrazo y me dijo: "Pedrito, esta hacienda es de un señor que tiene algún mando en la justicia. Viene aquí cada uno ó dos meses. Confíate en él para que te proteja y defienda.". Mi primer movimiento fué de temor, porque supuse que en mi delirio hablaría algo contra el negro, y entonces mi muerte era cosa cierta; pero la joven me tranquilizó agregando: "digo esto porque siendo huérfano y tan niño puede llevarte al hospicio. La palabra hospicio era nueva para mí, así es que no supe si alegrarme ó temor nuevos trabajos; ¿qué será un hospicio? En todo caso, nada es peor que mi actual situación, veremos si viene el dueño. En es-

te modo de ser me restablecí poco á poco. Mi primera ocupación fué para mí, aunque dura y casi inhumana, deliciosa porque ya no se trataba de robar.

El tren trajo aviso de que cortaran bananos, pues se recibirían dos días después. La corta de los bananos, es el grande acontecimiento en las fincas del Atlántico. Esos días no hay bueno ni mal tiempo, ni se reconocen festividades. El dueño perdona todo á sus peones, menos una falta en época de corta. Así es que á las tres de una tarde seca y fresca salimos todos menos la cocinera, y el mandador á la cabeza con su media luna de acero. El cortador con esa media luna colocada al extremo de una vara de tres ó cuatro metros de larga, da un lanzazo al tallo del plátano. Este se dobla, y el racimo de bananos queda colgando á dos metros de altura, más ó menos. En ese estado, se acerca uno de los peones jaladores, se coloca bajo el racimo y el mandador da un machetazo al mango ó intermedio entre racimo y tallo. Al despegarse aquél, cae sobre el hombro del acarreador y sale al trote á la línea férrea, en donde se van poniendo unos sobre otros los racimos listos para la entrega. Hay haciendas que producen mil á mil quinientos en cada corta. En cuanto á mí, esperó Phelps que tocara el turno á un racimo de segunda clase, que pesan poco más ó menos, dos á tres arrobas. Para mi cuerpo era un peso excesivo, así fué que al caer encima de mi hombro, salí con mi carga, pero á las cinco varas caí al suelo y se quebró y dañó la fruta. Un solemne puntapié que me regaló el negro y dos ó tres coscorrones me devolvieron la energía y valor; volví para pedir otro racimo de segunda. El mandador, compadecido de mi debilidad se negó á recargarme con tan duro trabajo. Cuando Phelps volvió y me encontró sentado esperándolo, me hizo una seña que usaba para decirme que en primera ocasión me daría de golpes. Mas como estaba bajo la protección del mandador, nada hizo; pero me juró que me mataría si no compensaba mi debilidad con robarle á la cocinera un costoso y rico rebozo de seda que tenía en un cofre. Imposible hacer esta mala acción á la que tanto me cuidaba. Volví á pensar en la fuga, pero no ya á lugar habitado, sino á la montaña. Tomé el cuchillo del negro, una frazada con que me abrigaba de noche y esperé que el negro fuera á la Marina á emborracharse, como lo hacía todas las tardes al salir del trabajo. A las 6½ del día siguiente me despedí de aquel lugar, donde al menos no había robado á nadie, y con precaución tomé potrero adentro, marchando sobre el zacate para no marcar mi pista. Al llegar á la selva, el corazón me latía fuertemente de miedo y de emoción. Me interné en la espesura, no sin dar un adiós á la casita que desde allí divisaba alumbrada por el fuego de la cocina. Anduve como dos horas en dirección de San José (tal me parecía). El cansancio me dominó y pasé la noche al pie de un ár-

bol. Nunca olvidaré aquella primera noche pasada en la soledad y el desamparo. Todos los ruidos me sobresaltaban, sobre todo el de un gran pájaro que pasó muchas veces en la altura y parecía decir ¡allá va!..... con una voz ronca y tétrica.

(Continuará.)

San José, febrero 1888.

SIRIO.

COSTA RICA.

—:o:—

De la capital de esta República centroamericana nos ha llegado un libro titulado: *Relación del viaje del señor Presidente de Costa Rica, General don Bernardo Soto, á la República de Nicaragua. Por Pío Víquez. 1887—10 de julio—10 de agosto.*

La prensa americana dió cuenta á su debido tiempo de la visita que el señor Presidente de Costa Rica hizo al de Nicaragua, conferenciando ámbos Magistrados Supremos en bien de sus respectivas naciones.

El objeto político de esas conferencias, llevadas á cabo en la más grata cordialidad y patriótica efusión de uno y otro país, no podía ser más digno de encomio por parte de los corazones amantes de la Unión franca y sincera de los pueblos americanos, que sólo de ser todos unos en sus afectos ó intereses han de sacar su fuerza y lograr verdadero respeto de los colosos europeos. Con este paso terminaron los motivos que pudieran presentarse en lo porvenir para diferencias enojosas entre Costa Rica y Nicaragua, y quedó sellada la antigua cuestión de límites del modo más fraternal y menos ruidoso que había que emplear. Es grato al patriotismo americano observar esos regocijos de la cordialidad y la paz en que se confunden por un mismo amor á los principios, dos naciones florecientes en sus industrias y comercio, lanzadas á todo paso en el camino del progreso, y que, á su vez, dejan ver en su política un espectáculo hermoso por el buen acuerdo de los nacionales en no destrozarse con frecuentes luchas, haciendo posible el cuadro consolador que ofrece Nicaragua de cinco ex-presidentes que, habiendo bajado legalmente las gradas del poder, "gozan hoy la inmunidad debida á sus virtudes," como dijo un orador en las fiestas con que era recibido en Nicaragua el señor Soto, y pueden oír el elogio de su conducta al par de la del Presidente gobernante, mientras ellos en la vida privada, ó sirviendo á la República en empleos subalternos, esperan que él irá también á figurar mañana en su número.

Entre los señores Presidentes Soto, de Costa Rica, y Carazo, de Nicaragua, se ajustó un tratado con las bases conducentes al término de

la vieja y enojosa cuestión de límites, pendiente entre las dos Repúblicas y otras no menos importantes, como las que se refieren á los derechos de Costa Rica en el Canal de Nicaragua y al permiso que para navegar en aguas de esta República tiene la marina de Costa Rica sin ejercer jurisdicción.

El señor don Pío Víquez, Director de la Imprenta Nacional y Redactor de *La Gaceta Oficial* de San José de Costa Rica, publica ahora el libro á que nos referimos, (por cuyo envío damos las gracias más expresivas), con una relación de todos los pormenores del viaje del señor General Soto á Nicaragua, y en la cual figuran amenas descripciones de todos los regocijos públicos y fiestas especiales con que fué agasajado por sus huéspedes el Presidente de Costa Rica. En estilo parlero y juguetón, *burla burlando* como diría el otro, deja el señor Víquez desempeñado su encargo con pluma fácil y decir florido; y bien pueden observarse allí muchos rasgos característicos de las costumbres reinantes en esos jardines de la América Central, que así consideramos nosotros á cada una de esas hoy afortunadas porciones del suelo americano.

El libro tiene un *Apéndice* con todas las descripciones y partes oficiales que habían sido publicados en su oportunidad, relativos al viaje, y en ellos figuran las felicitaciones afectuosas de todos los Jefes de las otras tres naciones centroamericanas, señores General Barillas, de Guatemala; General Menéndez, del Salvador, y General Bográn, de Honduras; con lo que fué caracterizada más y mejor en esas fiestas la cordialidad de la familia centroamericana.

[Del n.º 121 del "Boletín de la Librería de Bothencourt é hijos", de Curazao.]

EL CULTO DEL ABUELO.

SEÑORONA pequeña,
Mi hechicera Margarita,
Ven aquí;
Mírame: ¿no estás oyendo
Que en la sala están diciendo
Que te pareces á mí...?
Y en qué será? son tus ojos
Dos luceros, y tus rojos
Labios, son
Frescos, lucientes y puros
Como los guindos maduros
Del otoño en la estación.
¿Será en el color? tú tienes
De armiño y seda las sienes;
Rabia es
Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio,
Triste y lleno de misterio
Siempre estoy,
Y tú, amable y halagüeña
Y cariñosa y risueña
En tu inocencia eres hoy.
¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
Nada igual;
Y en las almas, ¡qué ironía!
Junto á la tuya es la mía
El carbón junto al cristal.
Pero hay algo que guardamos
Los dos y que alimentamos
Al vivir;
Es un amor, es un culto
En nuestras almas oculto,
Que no puedo describir.
Mi padre, digo, tu abuelo,
A quien Dios tenga en el cielo,
En tí vió
Un reflejo de aquel niño
Que al ser padre, su cariño
A su lado te llevó.
Se gozaba en contemplarte
Y recordaba al mirarte
Cada vez,
Las dichas encantadoras
Que tuvo en todas las horas
Fugaces de mi niñez.
Y exclamaba: ¡pobrecita!
Tan buena mi Margarita,
¡Qué placer!
Y mirándote perplejo
Murmuraba: ¡Estoy tan viejo
Que no la veré crecer!
Y se murió: si te viera
Tan crecida, ¿qué dijera?
De tí en pos
Andar ágil le vería.
¿No recuerdas, hija mía,
Cuando ibais juntos los dos?
¡Juntos oriente y ocaso!
Él marchaba paso á paso
Tras de tí. . . .
Y tú lanzabas un grito:
—Corre. . . alcánzame, abuelito
Más aprisa. . . más. . . así!
Me parece que lo escucho:
¿Te acuerdas? ¿lo quieres mucho?
¿Es fiel
Tu memoria y no lo olvida?
¿Cada noche, hija querida,
Le pides á Dios por él?
Mucho los dos le queremos.
Y en esto nos parecemos:
¿No es verdad?

Iguales somos en eso,
Muy iguales. . . dame un beso,
Que suene en la eternidad.
Santo beso que no acaba
Como aquellos que te daba. . . .
Llegue á Dios
Nuestro llanto y nuestro duelo:
Para llorar por tu abuelo
Somos iguales los dos.
Repítele á tus hermanos
Los nobles consejos, sanos
Que le oí. . . .
Y llóralo en todas veces,
Que al llorarlo te pareces,
Te pareces mucho á mí.

JUAN DE DIOS PEZA.

LA MUJER.

Definir á la mujer equivale á abarcar la extensión de su destino, y á reunir en un solo punto las varias especies de belleza, cuyo tipo es ella. Pero entre todas, la que más campea, no es la belleza gráfica, muda de suyo, ni la artística, sólo ingeniosa, sino la belleza del sentimiento y el alma, que como medio de comunicación, es un lenguaje, y como medio de acción, corriente eléctrica. Si son las líneas del hermoso cuerpo, se cruzan y se inclinan blandamente para formar contornos suaves; y si es el contorno, corre por donde corre el placer, y da vuelta y se ajusta con el broche de las gracias; si son los movimientos, seducen; si el gesto, cautiva; además de lo cual, hay unos ojos que derraman luz sin fuego, y una boca que destila miel sin amargura. La compasión, la mujer es quien la tiene, porque sabe sentir males de otro; el consuelo, ella es quien lo da, porque lo saca del fondo del pecho, y lo lleva al fondo del dolor; la limosna, ella quien la practica, porque la alarga con mano oculta; y la riega con llanto religioso; y luego, ni ofende airada, ni hace más que hablar para atraer.

Su prestigio es maravilloso; vence sin armas, conquista sin lucha y una mirada bástale para poner á sus pies ciencias, laureles y tesoros. ¿Qué hay en esos ojos y en esas simpáticas figuras? No se sabe: la geometría allí pierde sus trazos, y la óptica sus huellas: sombras y luz, perímetros y líneas, todo se confunde, para entrar al abismo de los misterios, de donde se ven salir después las formas plásticas y la belleza indefinida.

De aquí la magia con que la última obra sobre los impulsos del amor. Mas para el amor, la belleza no es absoluta sino relativa. Sus variadas formas son otros tantos espejos colocados en diferentes puntos de vista, y que han menester diversos golpes de luz para producir cada cual

su imagen propia. La causa de tal fenómeno está, en que es el afecto y no el arte el que decide. Así, no hay forma inútil, ni alma aislada, ni corazón que carezca de ese fluído que sirve á dar la chispa conmovedora.

Y en efecto, no se comprende la vida sin amor, ni hay nada grande sin ello. El héroe y el sabio triunfan para recibir el laurel de manos bellas, para envanecerse de que su nombre algún día corra de boca en boca en los salones cortésanos; el espíritu caballeresco lanzó al Asia media Europa, é ilustró á Europa con costumbres generosas, porque había crónicas de familia que registraban esos hechos, y ojos interesados que presenciaban esos alardes del valor; el placer, los sufrimientos, la gloria, el martirio, nada de esto se siente como goce ni se llora como desgracia, si no hay un ser unido á uno, que sienta y llore con uno. Dos almas así, comprometidas á una suerte común, y aparejadas para un fin idéntico, son la integración de la naturaleza, porque representan una fuerza, un desenvolvimiento y un destino.

Ya es la mujer esposa, y para que lo sea en verdad, el vínculo ha de ser santo. La religión católica es la institución que ha comprendido mejor el matrimonio. Lo lleva á su santuario, lo cubre de bendiciones; y aunque lo instala después en la sociedad, lo deja atado á ella como con un hilo á fin de transmitirle por él los socorros y las gracias espirituales: ya que es cierto que nada crece y prospera sino crece y prospera en las virtudes. Aquí el sacerdote es excelso, porque hay que educar una familia, infundiéndole los principios de la moral que comprende todo un código.

Es preciso enseñarle la industria para el trabajo, los sentimientos elevados para la gloria y el buen nombre: y sobre todo, enseñarle á Dios para el deber. Es cosa singular: la esposa llena estas funciones, y las llena bien por inspirada.

Antes ha sido la mujer hija. Jamás, de niña, anduvo en la casa sino como el angel querido de sus amorosos padres, ó como la dulce interesadora de sus hermanos traviosos. O en el jardín viendo las mariposas sin maltratarlas: ó á la labor labrando telas para sus padres, ó en las preces del hogar pidiendo favor para la familia; si se deja sentir en él, es como un acento dulce, una compañera amable, una existencia inocua. Un ser con estas prendas, es admirable, y sobre esto, gracioso. A estar en su mano, después de sus deberes, que tan pronto alcanza no haría más que ramilletes de flores. . . .

Pero el ministerio verdaderamente divino de la mujer, es el de la madre. En este punto las palabras faltan. No se puede decir lo que es una madre: es todo! ¡Cómo va en nuestro camino, delante, quitándonos los abrojos! ¡Cómo vela nuestro sueño! ¡Cómo nos trae en cesta de mimbrés, de su huerta, la primera fruta del árbol que ella plantó con su propia mano! ¡Cómo nos sorprende á cada paso con la buena nueva de que en sus coloquios con Dios, Él la prometió labrar

por fin nuestra dicha! ¡Cómo nos aprieta contra su pecho! ¡Cómo nos ahoga con su amor! No prosigo: yo tengo una madre á quien idolatro; y esto que escribo aunque de ternura, me hace derramar muchas lágrimas.

Tales son á mi juicio, el carácter, la influencia y el destino de la mujer, complemento necesario del hombre, y clave que cierra con primor la bóveda social!

CECILIO ACOSTA.

MI CRIADO ZOILO.

Una noche de no sé que mes, encontré en la escala de mi casa un bulto pardo, cilíndrico y semoviente; quise apartarle para pasar y lo empujé con el pie. Rodó tres gradas y dió fondo en el zaguán, dsepidiendo un crujido ó berrido avinado, que me llamó la atención por parecerme ese berrido, articulado. El bulto se fué desarrollando en sentido vertical y concluyó por formar una figura humana larga y angosta. Era Zoilo que buscaba concierto; su aspecto no convidaba, ni lo recomendaba. Con la bocota abierta y babosa, los ojos semicerrados y risueños y la nariz roja como un tomate, contestó á las preguntas de estilo: que había servido en muchas casas nobles; que el último patrón lo ha había echado por una pequeñez, y fué el haberse bebido una botella de aguardiente alcanforado que se tenía listo para los reumáticos de la señora. El alcanfor, continuó Zoilo, se le ha subido á la cabeza y el aguardiente se le ha bajado á las piernas, por lo cual estaba acostado en la escala de mi casa.

A pesar de tantas contingencias, me fué preciso tomarlo y entró en funciones en el acto, con la condición de que respetara el alcanfor solo, ó mezclado con espírituosos.

El taimado sabia leer y escribir, y aun dibujaba cabezas de caballo en las paredes de las casas; pero todos esos defectillos los compensaba Zoilo con un carácter independiente. Jamás se le hizo un reproche ó cargo sin que él contestara cuatro palabrotas acompañadas de un refunfuño entre los dientes. A propósito de dientes, los de Zoilo son multicolores; uno verdoso, dos amarillentos, varios negruscos, y el resto color de café tostado. Entre diente y diente, una argamaza blanca como la mezcla entre los ladrillos. Cuando ríe, aparece aquel mosaico ribateado con los labios azules, y de los extremos de estos, manan dos cataratas de babas.

Así es que la boca de Zoilo sólo conoce dos posiciones: ó está abierta, ó la tiene en forma de embudo, silbando cuando limpia los trastos, barre ó recorre las calles, ¡¡Las calles!! he aquí el teatro habitual de Zoilo. No se si habrá nacido en la calle; pero, de seguro vive y morirá en ella. Sin las calles, Zoilo, se consumiría de tristeza. Pero si á ese elemento callejero, se agrega un buen pleito, tumulto ó pelotera popular, Zoilo entra en éxtasis y olvida el

mundo, la escoba y aun el... aguardiente alcanforado.

Zoilo es aristócrata por inclinación y estúpido de nacimiento. Por eso no está contento cuando sirve á un plebeyo enriquecido; su vanidad es ser criado del señor ó señora, don ó doña fulana de tal ó de cual, y entónces habla siempre en plural: "nosotros acostumbramos levantarnos tarde," refiriéndose á él y á su patrón.

Zoilo no le hace asco á un robo ó dos por semana. El escándalo, dice, es lo que debe evitarse, pues, siendo la propiedad un robo organizado, el que la ataca, roba al ladrón y tiene por eso perdón. Cuando se le afirma que es un pecado tomar las cosas contra la voluntad de su dueño, responde: que él no peca, porque solo toma lo de su amo sin su voluntad; mas no contra ella, pues nunca ha oído á su amo hacerle la contra. Puesto que sus patrones callan, luego otorgan.

A pesar de lo llamado de mi sirviente, tiene en el cielo un patrón á quien reza todas las noches dos credos y un ave maría. Zoilo, es pues, devoto de San Caralampio, que nunca le ha faltado en el peligro, pero cuya imagen le ha sobrado á veces en su cuarto, por lo que ha tenido que meterla en un zapato viejo, y el zapato en un cajoncito que le sirve de cofre.

Dos grandes acontecimientos han sacudido é interrumpido la tranquilidad y alcanforada vida de Zoilo. El primero fué haberlo hecho soldado y llevándolo al Cuartel de Artillería, donde lo cruzaron, uniformaron y engancharon.—Jamás había tocado un arma de fuego hasta ese día que el sargento puso en sus manos un rémington. En la noche le cupo en suerte el servicio de centinela en un fortincito que va á la plazuela presidencial. Allá como á las dos de la madrugada, entre sueño y sueño, le pareció ver venir sobre el tejado del cuartel, un bulto negro con dos ojos que despedían chispas. Con temblor general de todo su cuerpo ocurrió *in peto* á San Caralampio y quiso dar el grito de ¡quién vive!, mas la voz le faltó y sólo pudo articular una especie de gruñido. El ruido hizo apresurar el paso al animal ó ser racional de los ojos de fuego. En su pánico apuntó al bulto y jaló el gatillo al revés y al derecho, y salió el tiro. ¡¡Cual sería el espanto de Zoilo al ver que la bala no salió por delante sino por detrás de él, rompiendo la ventanilla del fortín!! Era que había cogido el rémington por el cañón y había apuntado con la culata. Pero de este cambio no se daba cuenta, y creyó que el diablo ó algo parecido le había devuelto la bala destinada al animal. Lo cierto es que de el cuerpo de guardia sólo se oyó un ruido tremendo después del tiro, causado por el cuerpo de Zoilo, que del susto se desprendió del fortín, rodando la escalerilla y cayendo desmayado y medio muerto. Toda esta proeza le valió su retiro del servicio.

Veamos el segundo sacudimiento de su vida. Zoilo se enamoró; como si el amor fuera

cosa inteligible para él; pero así es el niño caprichudo, que á veces se apodera, no de los que lo entienden, sino de los que él comprende. ¡Cual fué la Dulcinea de mi Quijote chupa platos!

Una tuerta que administraba la pulpería de enfrente y á quien Zoilo calculaba dos mil pesos de capital. Además del ojo izquierdo le faltaban otras muchas cosas á Casimira (que así se llamaba la ingrata). Entre otras, es claro que le faltaba sentido común; si lo tuviera, no habría dado el sí á Zoilo. Le falta también sexo, pues siendo tan fea, no es varón, y siendo bello el sexo débil, ella no es débil ni bella; luego es neutra.

Zoilo le juró un primer amor eterno; y ella le ofreció su postrimer cariño limitado (*limited* como dicen los ingleses.) Así entendidos en lo moral como en lo material, determinaron casarse, y fijaron para ello el tiempo en que caen las hojas. Pero antes que éstas calleran, la pared del fondo calló sobre el estante de la pulpería, y rompió cuanto encontró. Esta desgracia hizo reflexionar á Zoilo sobre lo deleznable de las cosas humanas, principalmente las paredes de las pulperías, y en un momento de sublime inspiración echó la tuerta á los diablos. El domingo siguiente salió premiado con mil pesos el n.º 1702 de la lotería del 1.º de enero, que Casimira había comprado con los restos de la pulpería. Zoilo se dijo que quizá la tuerta no era tan fea como le parecía y volvió á la carga; pero esta vez, Casimira le contestó con un bofetón á la alta escuela, y Zoilo para consolarse, se pegó la juma más grande de los modernos tiempos. Esa noche fué que se me apareció dormido en la escala de mi casa.

Por lo demás, mi sirviente pudiera ser perfecto, si á su gusto por los espirituosos no uniera otros gustos ó inclinaciones. Así por ejemplo, es inútil para hacerlo cuidar las antesalas, por que desde que cierra los ojos ronca como un congo, y los ojos los cierra desde que llega á una antesala. Además, habla dormido y cuenta en ese estado cuanto ha visto y oído en el día. Para recordarlo hay que estar listo por que su primera idea es siempre de temor, y el miedo es mal consejero. Unas veces salta sobre la persona que lo despierta tomándola por Casimira la tuerta; otras, salta para atrás y apunta con un rifle ausente al animal de la Artillería, y las más veces se arrodilla, junta las manos y pide lo perdonen, suplicando á la policía que lo suelte, que él no acostumbra robar; que fué una desgraciada fatalidad & &.

Hace pocos días me preguntó, que penas tendrá en la otra vida el que se homicida á si mismo. Le contesté que el suicidio es un crimen casi tan punible como el asesinato. ¡¡Tal ta! mi señor amo, replicó Zoilo, si lo mismo es una cosa que otra, prefiero suicidarme á Casimira; lo cual me da tiempo de arrepentirme antes de morir, mientras que si me mato á mi mismo, muero sin contrición.

Como mi sirviente sabe leer, suelo encontrarlo registrando mis libros con el objeto de hallar algo nuevo que lo exhiba entre sus iguales como un prodigio de saber. Supongo que en una de esas travesuras se encontró en algún libro ó folleto, aquello de "la guardia muere pero no se rinde". Lo cierto es, que en el primer juego de manos que tuvo con un cochero más fuerte que él, cuando empezó á recular, exclamó: "La guardia muere pero no se rinde." Y como el cochero admirado le preguntara la significación de aquel *verso*, le contestó Zoilo. "Esas fueron las últimas palabras de Napoleón Bolívar, cuando lo llevaron á fusilar." El cochero se volvió hácia sus compañeros y les dijo: ese diablo de Zoilo es cobarde y borrachón; pero no se puede negar que es muy *leído* y *sabido*. Con lo que se despidió el victorioso mancebo, pavoneándose y haciendo signos de protección al grupo humillado de los cocheros.

Como es Zoilo el que lleva estos desvarios á la "Costa Rica Ilustrada", y trae las pruebas para corregirlas, se le ha figurado que él tiene una parte, aunque pequeña en la confección de los asuntos. Por eso lee y colecciona todos sus números. Para evitar, pues, que la lectura del presente lo mal disponga conmigo, le he dicho, que estoy escribiendo sus memorias, y que él las firmará, lo cual lo coloca desde ahora entre el número de los colaboradores de este periódico.

A ruego de Zoilo Cascabeles,

SIMPLICIO CUCUFATE.

Febrero de 1888.

CRONICA.

Suma y sigue, si señor, sigue Petra &ª, &ª, siempre los mismos apuros, andando de aquí y de allí, con el oído atento para ver que se dice, siempre molestando á los amigos que encuentro al paso para preguntarles qué hay de nuevo, qué se susurra por esos mundos.—Sí, lector, y todo por la requetedicha croniquita.

Me levanto muy temprano, me voy á mi escritorio resuelto á cumplir con mi cometido; pero, suerte fatal, no encuentro que decir, porque la quincena no registra mucho de importante.

Me desespero, salgo por las calles como un loco porque ya "Costa Rica Ilustrada" está casi lista para ponerla en prensa, y yo, como cronista, tengo que dejar mi trabajo para última hora, puesto que en un día, en una hora, en un minuto puede verificarse un hecho notable y he aquí la razón porque yo sudo la gota, como dicen.

Como decía, pues, salgo de mi casa corriendo, me encuentro con su *cuñado el cura*: Ola, padrecito, ¿qué hay de bueno?

Poca cosa, me contesta; ayer me puse á predicar, y me entusiasmé tanto que rompí el púlpito á patadas.

—Ja, ja, está bueno, ya tengo algo que decir, y me despido del cura y echo á andar un poco contento.

En la esquina de Uribe y Batalla, me encuentro con Melico que acaba de comprar un sombrero y un par de medias.

Que tal, *ñato*, que hay de nuevo, qué me dices para la crónica?

—Pues hombre, hay muchas cosas.

—Dímelas, te lo agradeceré infinito.

—Por ejemplo: el cumpleaños de don Bernardo Soto.

—Magnífico, pues; diré que el domingo pasado tuvo lugar ese acontecimiento.—El regocijo se hizo notar en la República, pues, en todas las provincias fué saludada la aurora de ese día con salvas de artillería y dianas ejecutadas por las bandas militares.

Muchísimas felicitaciones recibió el General Soto, como era natural, puesto que goza de numerosísimas y sinceras simpatías.

—Es suficiente, verdad, Melico?

—Sí, porque ya todos los periódicos han dicho poco más ó menos lo mismo que va á decir tu "Costa Rica."

—¿Qué otra cosa?

—Un asunto de importancia que se está verificando: los documentos que acaba de publicar en Washington nuestro Ministro, Licenciado don Pedro Pérez Zeledón.

—Y qué digo?

—Vete al diablo; entonces quieres que te haga toda la crónica y eso no es justo; ó eres tú el cronista ó soy yo.

—Bueno, entonces diré que en ese folleto se ve al hombre ilustrado y pensador, al hombre que se esfuerza y se desvela por el bien de su patria, y que con razones poderosas y convincentes llena el difícilísimo cometido que se ha impuesto.

El folleto hace mucho honor al señor Pérez Zeledón, á quien felicitamos con toda la efusión de nuestra alma.

—Te gusta, *ñato*? verdad que tengo una facilidad asombrosa para escribir!

—Oh! sí, admirable; lo que me extraña es que para escribir tus crónicas te vales de los demás.

—Naturalmente: si la crónica se compone de los hechos que tienen lugar, y estos son verificados por los demás. . . .

—No, hombre, no seas estúpido; yo lo que quiero decirte es que si tus amigos no te prestaran un contingente para redactar la crónica, ésta no vería la luz pública nunca.

—Pues hombre, *mamita* me enseñó á que nunca desmintiera á nadie; por consiguiente convengo con lo que tú me dices.

En vista de la filípica tan á boca de jarro que me adjudicó el *ñato*, sin darme por *chillado* le presenté mi mano y me retiré precipitadamente en busca de más datos para la crónica.

Entro á la barbería de los tres hermanos Antillones, y entre todos los caballeros distinguidos que allí había, se contaba Mr. Renard, el cual estaba furioso porque Sotero al rasurarlo, en un descuido que tuvo, le llevó casi toda la nariz y gran parte de la barba.

El estado lastimoso de mi amigo Renard, me produjo una impresión tan horrible, que salí de la barbería con dirección á la Mascota; pero al pasar junto á la tienda del señor Landerer, se me ocurrió la idea de que Renard se parecía á un fantoche visto de lejos.

A propósito de fantoche, dije para mí, aquí tengo un nuevo tema.

Temiendo se me olvidase, solicité permiso del amigo Landerer, para hacer uso de su escritorio por un momento. Él, con su acostumbrada amabilidad, cedió á mi súplica, y escribí lo siguiente en mi cartera:

Los fantoches forman uno de los espectáculos más curiosos y agradables que puede presentar la mano del hombre.

Parece increíble que aquellos muñecos, manejados por medio de cuerdas, lleguen á imitar tan bien la naturalidad del ser humano.

Nuestra sociedad ha gozado de lo lindo con los fantoches, porque además de ser un género de representaciones completamente nuevo entre nosotros, tiene la ventaja de atraerse por completo el entusiasmo del público.

Actualmente se encuentran en las provincias, y creemos que pronto partirán para las otras repúblicas de Centro América.—Recomendamos con el mayor gusto á esos inteligentes y simpáticos fantoches.

Una vez que hube concluido de escribir esto, dí las gracias al amigo Landerer y me despedí, siguiendo mi camino hacia la Mascota.

Entré, y quedéme distraído un poco para examinar por dentro el nuevo edificio que tiene este importante establecimiento. Una voz que pronunció mi nombre me hizo volver la vista, encontrándome frente á frente con mi apreciable amigo Simplicio Cucufate.

—Ola! U. por acá; magnífico, *tomaremos la mañana*, le dije.

—Con el mayor gusto le acompañaré á U.

Tomamos, pues, un magnífico *cocktail* preparado con exquisito gusto, y especialmente para nosotros, por José Zurriaga V., mi amigo de confianza.

Salimos de allí y nos encaminamos hacia el Parque Central.

Sentados en una de las bancas entablamos el siguiente diálogo:

—Que le parece á U., don Simplicio, hace tres horas que recorro las calles de San José en busca de datos para la crónica y hasta ahora he encontrado muy pocos.

—Y sin embargo no es difícil de encontrarlos.

—Ahora me ocurre que el apreciable joven don Octavio Beeche se unió con lazo indisoluble á la virtuosa y simpática señorita Emilia Luján,

el domingo pasado.—Hasta luego. Deseo que se conserve bien.

—Muchas gracias, amigo Cucufate, es U. la quinta esencia de la amabilidad; no puede figurarse cuanto le agradezco sus importantes datos; ¿no recuerda U. otra cosa?

Pues..... por el momento no encuentro nada más en mi memoria; haga U. lo posible por recordar algo.

Nos estrechamos las manos el señor Cucufate y yo, y me dirigí á mi casa.

Me senté á escribir y después de haber cavilado mucho y devanádome los sesos mucho más, recordé que dentro de pocos días tendremos el placer de ver un nuevo periódico redactado por unos jóvenes amigos míos, y que es muy justo aplaudirles la idea y desearles muy buen resultado en su difícil empresa.

Que hace algunos días estamos preparando el retrato de don José Ramón Rojas Troyo, pero que motivos independientes de nuestra voluntad nos han impedido hacerlo hasta hoy.

Y por último recordé que en este número tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores un artículo debido á la pluma de una señorita Josefina, á quien su modestia le impide firmar con su verdadero nombre.

En carta particular que con el artículo nos envía, ella nos promete seguir escribiendo, si los rasgos de su pluma y la confesión de un alma ingenua son del agrado del público.

Ahora, apreciables lectores y simpáticas lectoras, ya que os he fastidiado tanto, perdonadme, y esperad el próximo número.

Como siempre, soy vuestro afmo. servidor.

CLO CLO.

ANUNCIOS.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

Tipografía Nacional.